

Gauzaren «internacional» «Laterrien arteko» izateari dagokion aldetik ori.

Beste orrenbeste esan bait dezakegu —eta bukatzera noa— «Riev» ek «Estudios» dion orren aldetik ere.

Estudio, «Ikaskuntza», «Eusko-Ikaskuntza», alegia. Euskeraren Teorika, *Lingüística*. Bide au ere ez bait dezakegu esan, gaur bide «superatua», atzean gelditutako bidea, bide «desfasatua» danik. Ikaskuntza baten «planificacio» on baten barruan, teoriak beti bear du leku, praktikaren aldamenean. Teoriak ez dio iñoiz kalterik egin praktikari. Teoriak osatu egiten du praktika.

* * *

Eta ez noa ezer geiago esatera.

Orixe zan, esan bear nizutena nere itzalditxo ontan: Ikasgai bikain bat ematen digula guztiori, gaur emen omen-aldi ta goratzaire egiten diogun D. Julio de Urkixo Jaunak, bere *Revista Internacional de Estudios Vascos* en bitartez.

DISERTACION DE DON JUAN RAMON DE URQUIJO

Constituye para mí, dada mi doble condición de vizcaíno y sobrino carnal de Don Julio Urquijo, una grata responsabilidad el honrar, aquí y ahora, la figura vascongada y científica de quien fue académico numerario fundador de la Academia de la Lengua Vasca.

A fuer de vizcaíno he de confesar mi emoción al ocupar precisamente la tribuna donde otro de los míos —mi tío Adolfo, hermano de D. Julio— presentó, siendo Presidente de la Diputación Provincial de Vizcaya, una proposición para crear una Academia de la Lengua Vasca, antecedente inmediato de la Corporación aquí reunida. Y como pariente de Don Julio por tener que referirme, aunque sólo sea por carambola y de una manera breve —ya que en este acto correspondía hablar a mi hermano Ignacio y, por otra parte, no quisiera que mi intervención rebasase en un solo minuto la media hora concedida—, al quehacer considerable en favor de la Bibliografía y la Lingüística vasca de aquel inolvidable D. Julio de Urquijo que dedicó toda su vida a la conservación y salvación de los viejos

valores vascongados y a la sistematización y difusión de nuestra misteriosa lengua.

He dicho en otra parte, al prologar la reedición de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, —fundada, dirigida y sostenida por D. Julio de Urquijo—, que no son los afectos familiares los más propicios para analizar objetivamente una vida fecunda y ejemplar, engrandecida a mis ojos por el afecto que, en vida de D. Julio, tío y sobrino nos profesamos.

Puesto que las circunstancias me colocan de nuevo ante su figura prócer, únicamente he de agradecer a la Academia el homenaje y la designación, añadiendo que procuraré en todo momento paliar los efectos familiares con la misma objetividad y seriedad, honradez y mesura que D. Julio utilizó en todas sus empresas. Ellas, han conformado la realidad de su considerable labor y han hecho que, al borde casi del centenario de su nacimiento, nos reunamos hoy aquí, especialistas de la lengua vasca y gentes vircaínas de la más diversa condición, para recordar, aunque solo sea a través de mis torpes palabras, la vida y la obra del inolvidable vascófilo Julio de Urquijo e Ibarra.

El motivo no puede ser más justo: el cincuentenario de la fundación de la Academia de la Lengua Vasca, entre cuyos cuatro primeros miembros, designados por plebiscito unánime, figuraba (junto a D. Resurrección María de Azkue, D. Arturo Campión y D. Luis de Eleizalde), D. Julio de Urquijo.

Este su acceso a la Academia en plena madurez vital, recién cumplidos los cuarenta y siete años de una vida larga en vigiliass y afectos, ha de ser el motivo principal que estructure y sistematice mis familiares palabras.

O dicho de otra manera: lo que deseo plantear en este momento son las razones por las que D. Julio fue designado para Académico de la Lengua Vasca; los motivos por los cuales fue elegido para la difícil tarea de conseguir, mediante su esfuerzo, que se hiciese lección y verdad el sugestivo lema de «Ekin eta Yarraí», es decir, de *trabajar y continuar* en la perfección del idioma que nos legaron nuestros antepasados.

Ya lo hemos señalado: cuando la Academia de la Lengua Vasca empieza a dar sus primeros pasos D. Julio tiene cuarenta y siete

años de edad. Es el más joven de los cuatro Académicos numerarios fundadores. Con su maestro, D. Resurrección María de Azkue, es el segundo representante vizcaíno que entra en la Corporación. Los otros dos traen hasta la Academia preocupaciones navarras —tal es el caso de D. Arturo Campión— o guipuzcoanas desarrolladas apasionadamente sobre el afán cultural de Vitoria, donde Eleizalde profesaba una Cátedra de Matemáticas en su provinciano Instituto.

¿Por qué esta designación unánime? ¿Por qué esta arribada plebiscitaria y singular sin una sola voz disiente para tales designaciones? Estimo que la respuesta es bien sencilla, incluso en el caso de D. Julio Urquijo a quien sus paisanos —todo hay que decirlo— conocían más como pintoresco ejemplar entercado en llevar a su biblioteca todos los libros raros y curiosos de la bibliografía vasca que como lingüista vocacional, puesto que esta última actividad se había desarrollado casi siempre en difíciles contactos con los especialistas de allende nuestras fronteras.

Es indudable que si para muchos contemporáneos la figura de D. Julio pudo estar enmarcada por lealtades a una dinastía o por aficiones librescas, para cuantos seguían de cerca la realidad de los estudios euskéricos, D. Julio fue la figura señera que, a través de diversas empresas culturales y, sobre todo, desde la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, logró conectar el estudio de nuestra lengua con las grandes corrientes filológicas y científicas imperantes en Europa, mediante un contacto —a veces hasta heroico—, con los grandes especialistas de la filología europea, a muchos de los cuales logró interesar en la problemática de una lengua entonces en declive y con escasez de antecedentes escritos.

D. Julio de Urquijo tenía, por tanto merecimientos sobrados para llegar a la Academia.

Desde sus aficiones bibliográficas había podido intuir como nadie la necesidad de crear el organismo idóneo que velase por la fijación y conservación del idioma vasco. Quien desde su juventud se preocupó por aportar luces propias a la polémica sobre la ortodoxia o heterodoxia de los Caballeritos de Azcoitia y sometió a revisiones los juicios de D. Marcelino Menéndez Pelayo, es indudable que conocía perfectamente los empeños vergareses y carlotercescos de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, cuyo antepro-

yecto de Estatutos preveía la circunstancia de los socios aplicados «a pulir y cultivar la lengua vascongada y a recopilar lo más caro y escogido que haya escrito en ella, así en prosa como en verso», esforzándose, al mismo tiempo, por la puesta en marcha del necesario y oportuno Diccionario, propuesto por Rodríguez Campomanes, Director de la Real Academia de la Historia e individuo de número de la Bascongada.

Aún andaba D. Julio por las aulas del Instituto Vizcaíno de la Plaza de los Auxiliares cuando el Ayuntamiento de Durango convocó, en 1885, unas «Fiestas Euskaras», de cuya comisión organizadora fue presidente el patricio durangués D. José María de Ampuero. A sus manos llegó la convocatoria de los certámenes literarios, musicales y artísticos. En ellos, figuraba señalado un apartado —el 18— convocando un «Proyecto, Bases y Reglamento de una Academia de la Lengua e Historia Eúskaras en completa armonía con los principios católicos», al cual puede considerarse como un inmediato antecedente de la actual Academia de la Lengua Vasca, por tratarse de un estudio completo perfectamente articulado y que sin duda alguna hubo de servir como inspiración y base para estructuraciones posteriores.

Resulta tremendamente aleccionador a este respecto el que precisamente, en 1906, D. Adolfo de Urquijo e Ibarra, hermano mayor de D. Julio, siendo Presidente de la Corporación que hoy nos acoge, presentase a la Diputación de Vizcaya una moción para crear la Academia de la Lengua Vasca, en cuyo articulado se inspiró la Academia llegada la hora de redactar sus actuales estatutos y seguir una serie de directrices en las que no es extraño pensar en la influencia directa de D. Julio.

Si la moción de Adolfo de Urquijo no tuvo repercusiones inmediatas en Vizcaya, es indudable que las tuvo en el «Cercle d'Etudes Euskariennes», fundado en Bayona en noviembre de 1911 por los Sres. Broussain, Daranatz, Dourisboure, Gavel, Lacombe, León y Urquijo, con una estructura orgánica y unos fines concretos que coinciden con los de la actual Academia. Esta fue asimismo presentada desde la Corporación Provincial de Vizcaya, en enero de 1918 y al amparo de una brillante moción, suscrita por los Diputados Sres. Elguezábal, Rotaèche y Landáburu, quienes propusieron

la creación de una entidad, bajo el patrocinio de las cuatro Diputaciones vascongadas y con los fines concretos de «estudiar, purificar, robustecer, unificar y defender el idioma vasco y sus variedades dialectales».

Don Julio de Urquijo, que había sido elegido por unanimidad presidente del «Cercle d'Etudes Euskariennes» de Bayona, fue nombrado entonces miembro de la Institución promovida por la Diputación Vizcaína.

Meses más tarde, con motivo del Congreso de Estudios Vascos celebrado en Oñate, destaca por merecimientos propios la interesante intervención de don Julio de Urquijo en torno al «Estado actual de los Estudios relativos a la Lengua Vasca», y se adopta por la *Sección de Lengua* el acuerdo de «Creación de la Academia o entidad tutelar de la Lengua Vasca». A este efecto, se nombra una ponencia para la redacción del proyecto de Estatutos que habrían de presentarse a las Diputaciones vascas.

La ponencia redacta el oportuno estudio y, en el mismo, puede verse un «Capítulo adicional» cuyo texto dice lo siguiente: «Para la sección filológica quedan, desde luego, designados académicos los señores don Resurrección María de Azkue, don Arturo Campión, don Luis de Eleizalde, y don Julio de Urquijo, con facultad para nombrar los demás miembros que han de integrar dicho grupo».

Ya tenemos, por tanto, a la Academia de la Lengua Vasca en marcha. Y entre sus cuatro indiscutibles académicos numerarios fundadores a don Julio de Urquijo e Ibarra, el estudioso que conocía como pocos los sucesivos esfuerzos vascongados en favor de una institución que estudiase, purificase, unificase y defendiese al idioma vasco.

Sus méritos excelen a los campos de la bibliofilia o de la erudición para insertarse en una actividad lingüística que había originado la más lógica de las simbiosis entre bibliografía y filología vascongadas.

La biografía toda de don Julio de Urquijo parece proyectada para este ingreso en la Academia de la Lengua Vasca.

Nace en Deusto el 3 de abril de 1871, en el seno de una familia muy unida al quehacer industrial y mercantil que empalma con las páginas finales de «Paz en la Guerra». La familia de don

Julio, pasadas las vicisitudes del sitio de Bilbao, vuelve a su refugio de «La Cava» de Deusto, donde contaban con oratorio particular y con la providencial circunstancia de un sacerdote de Lequeitio, recién ordenado —no hace falta decir que me refiero a don Resurrección María de Azkue— quien, como capellán de la familia, vivió de cerca la educación de las familias Ibarra, Vilallonga, Urquijo y Zubiría, interesándoles e iniciándoles en los conocimientos del ancestral idioma cuyos ecos misteriosos dejaban oírse apenas traspuestos los límites pequeños de la Villa de Bilbao.

Con el ingreso en 1887 de don Julio en la Universidad de Deusto, coincide el desplazamiento a Salamanca de don Resurrección María de Azkue. Conviene volver los ojos sobre esta Bilbao pequeña que había ido creando zonas residenciales a lo largo del Campo de Volantín y de las huertas de Deusto y se aprestaba a encontrar su Ensanche al otro lado del río, sobre las campas de Albia, en la República de Abando. Es la Bilbao aquella una capital que vive considerables expansiones mineras y siderúrgicas, bastantes de ellas protagonizadas por miembros de la familia de don Julio. Al calor del desarrollo minero, mercantil e industrial, la Villa empieza a preocuparse por la parcela de la cultura. Interesan las expresiones indígenas y don Resurrección trae hasta los salones y los jardines de «La Cava» el palpitar autóctono de los muelles lequeitianos a través de los juegos que le enseñara su padre, director de la Escuela Náutica de Lequeitio, y desde los refranes, leyendas y cuentos que aprendiera de boca de su propia madre.

Superados los estudios de Derecho Romano, don Julio de Urquijo tiene ocasión de asistir como espectador a la creación de una cátedra de vascuence en los locales del Instituto Vizcaíno que le había acogido como alumno y, al mismo tiempo, de vivir las vicisitudes de su provisión, hoy acaso excesivamente desmesurada por la significación de quienes se presentaron al concurso.

Era por la primavera de 1888.

Don Julio se alegra con el triunfo de don Resurrección, el capellán de la familia que había puesto un poco de orden en sus entusiasmos lingüistas y había conseguido proyectar sobre el euskera la enorme predisposición para los idiomas del joven alumno.

Fue precisamente Azkue quien salvó a Urquijo del desencanto que le habían producido las teorías profesadas en la Universidad de Deusto por don Julio Cejador y Frauca, el inquieto filólogo que acabó por dejar la Compañía de Jesús para explicar una cátedra en la Universidad madrileña.

Si para don José Ortega y Gasset, príncipe en el Colegio malagueño de El Palo y alumno distinguido en Deusto, las enseñanzas de Cejador resultaron beneficiosas, don Julio tuvo que empalmar en el trato con D. Resurrección María de Azkue viejos entusiasmos de los tiempos del Instituto Vizcaíno, cuando el magisterio directo del P. Arana y las orientaciones definitivas en materia filológica de don Román Biel, autor de dos folletos sobre «El habla popular de Vizcaya», y, especialmente, de don Tomás Escriche y Mieg, director de la Revista Vizcaya y defensor infatigable de una lengua universal hasta el extremo de convertir al adolescente Julio de Urquijo en entusiasta volapückista.

Lo cierto es que el propio don Julio ha declarado en alguna parte que fueron el P. Arana y D. Resurrección María de Azkue quienes influyeron más directamente para que comenzara a estudiar el idioma vasco, añadiendo que no tardó mucho en saber lo suficiente para leer y entender medianamente el euskera.

El interés definitivo hacia la lengua vasca renació años más tarde, en San Juan de Luz, luego de haber contraído matrimonio en 1894 con doña Vicenta Olazábal e instalar su casa en la localidad francesa; después de haber sido, en 1903, Diputado a Cortes por el distrito de Tolosa y haber sabido de encuentros providenciales con una serie de libros y manuscritos vascos que le obligaron a manejar y ponderar el «Ensayo de una Bibliografía de la Lengua Vasca» de M. Julien Vinson.

Contactos epistolares con tan importante autor resucitaron, allá por los primeros años del presente siglo, los propósitos euskeldunes, semidormidos en el alma de don Julio de Urquijo.

Y se dio a la tarea con un tesón inusitado y un entusiasmo sin límites.

Empezando en 1906 por influir cerca de su hermano Adolfo a efectos de la ya citada moción para crear, amparada por la

Diputación de Vizcaya que en estos momentos nos acoge, una Academia de la Lengua Vasca.

Creando en 1907 la «Revista Internacional de Estudios Vascos», calificada por nuestro escrupuloso investigador Fausto de Arocena como la obra definitiva de don Julio, definida como el gran empeño que había de consagrar su prestigio indiscutido, lo mismo entre los de casa que entre los de fuera.

Afinidades culturales y, si se quiere, filológicas con Georges Lacombe, además de una franca amistad entre ambos, hizo que surgiese a la vida de la cultura la «Revista Internacional de Estudios Vascos», nacida, al decir de todos sus historiadores, para poner orden y método, es decir, ciencia, en el campo de nuestras investigaciones, preferentemente de las investigaciones filológicas.

La RIEV —digámoslo con palabras del discípulo Fausto Arocena— fue el aglutinante que agrupó dentro de sus páginas a franceses y alemanes, a ingleses y rusos, y no se diga que también a vascos de ambas vertientes. Una sola condición era precisa para figurar como colaborador de la RIEV: «la solvencia científica».

Podría añadir a las palabras de Arocena algunos detalles definitivos al respecto. Muchos de ellos están en las libretas de correspondencia de don Julio, preciados cuadernillos en los que iba anotando datos y resúmenes de cartas que han llegado a mis manos por deferencia de la viuda de don Julio y tía mía y que conservo como inapreciable tesoro.

En esta correspondencia de don Julio, rara es la página que no contenga alusión alguna a sabios extranjeros, a filólogos y lingüistas de Alemania, Francia, Inglaterra o Rusia, que pusieron su vocación y su talento en nuestra antigua lengua.

Hugo Schuchardt fue objeto principal de las atenciones y solicitudes de don Julio. El prestigioso profesor de Filología Románica de la Universidad de Grazz —la ciudad que se interpuso en el destino de muchos vascongados, hasta el punto de que en su cementerio está enterrado el escultor Nemesio de Mogrobejo— mereció el trato exquisito de quien siempre le supo el más señalado renovador de los estudios lingüísticos y le consideró como el sabio de rigores extremados consagrado al estudio de las afinidades del vascuence con otros idiomas.

A Julien Vinson —el polígrafo galo a quien don Julio debía el definitivo reencuentro con su vocación bibliográfica y filológica—, le buscó, maduro de sabiduría y polémicas con los Bonaparte, Van Eys y demás vascólogos, para injertarle dentro de la RIEV a lo largo de una serie de colaboraciones de verdadera importancia, dignas en todo momento de quien, no en vano, había llegado a dirigir la «Revue de Linguistique».

Georges Herelle y Albert Leon, junto al Conde de Charencey, cerraron la nómina de filólogos franceses, importantísima siempre aunque sólo hubiesen existido las aportaciones del profesor Saroi-handy, viejo amigo de don Julio desde los contactos primeros a través de Georges Lacombe, el gran colaborador en las tareas de redacción, selección y montaje de la Revista Internacional de Estudios Vascos.

En la célebre Universidad holandesa de Leyden, don Julio buscó para su revista y para su vascuence, las aportaciones metódicas del profesor Uhlembeck y las teorías luminosas de su discípulo B. Faddegon, el primer colaborador de la revista desde 1908 y el segundo con un importantísimo trabajo sobre la teoría psicológica del cambio de consonantes y su aplicación a la fonética de nuestros dialectos, publicado en la RIEV de 1911.

Allí donde existía un sabio dedicado al estudio del euskera, allí estuvo la pasión científica de don Julio y su deseo de revalorizar el viejo idioma que le enseñara un día don Resurrección María de Azkue. Con todos matuvo correspondencia. Y a muchos de ellos les tradujo sus originales. Sus cartas y sus afectos llegaron a Breslau, para ganarse a Winkler; a Berlín para perfilar algunos problemas con el pastor Th. Linschmann; a Rusia, para aplacar las refutaciones que a Goutman y a sus artículos de la RIEV hizo Hugo Schuchardt; a Jena, a Viena, a Bonn, en una palabra, al más escondido lugar de Europa, si en él se cobijaba un sabio capaz de aportar solidez y ciencia al campo de la investigación lingüística vascongada, falta del oportuno ámbito universitario entonces y ahora —sólo sé de promesas respecto a la implantación de estudios humanísticos— y por ello excesivamente expuesta a los enfoques partidistas, a las polémicas a nivel provinciano y a las intuiciones más o menos genialoides de los improvisadores de turno.

Don Julio luchó a brazo partido por traer hasta el vascuence el rigor y el método de los grandes filólogos que profesaban en las Universidades y en las aulas de mayor tradición científica europea.

A veces, poniendo en el empeño todas las dosis de paciencia y de resignación necesarias, todo el comedimiento y la comprensión de un hombre de mundo unidas a la humildad de un santo.

Y esto referido a algún caso de científico español —no creo descubrir nada nuevo al hablar de la irritabilidad de don Telesforo de Aranzadi— o a determinado vascófilo extranjero, excéntrico y difícil aunque, antes que nada, según don Julio, verdadero caballero andante de la vascolología.

Creo que a un auditorio tan cualificado como el que aquí se congrega, no hay porqué señalarle que me refiero al inglés Eduard Spencer Dogson, el más estrambótico y falto de mesura de los colaboradores de la RIEV, aunque siempre con datos de sumo interés en sus considerables trabajos y reimpressiones.

Este acercamiento de don Julio y su Revista a las Universidades y Centros extranjeros —hasta se ha escrito sobre la benéfica xenofilia de mi inolvidable tío— lo expresó de manera definitiva en el discurso pronunciado en el Congreso de Oñate el 3 de septiembre de 1918.

«Dadas la falta de un tratado de metodología lingüística vasca y nuestra natural incompetencia en una disciplina que solo cultivamos como aficionados —dijo entonces don Julio de Urquijo—, creímos que el único medio de dar unidad al movimiento vascológico y de hacer fructificar en nuestro país los métodos que tan fecundos resultados habían dado en otros países, sería el fundar una publicación en la que, a la colaboración de los principales prestigios de Euskalerría, se uniera la de aquellos vascólogos extranjeros que gozaban de reconocida autoridad en otras ramas de la lingüística. Nuestro objeto se logró, por lo menos en parte, pues es indudable que conseguimos estrechar las relaciones entre los vascólogos extranjeros y los del país y atraer hacia nuestros estudios, o retener en ellos a eminentes lingüistas».

Vísperas de fundarse, en 1919, la Academia de la Lengua Vasca, merced a la labor desprendida de don Julio de Urquijo, se

habían conseguido metas que en algún tiempo pudieron parecer inalcanzables.

De ahí la unanimidad al designarle «Académico Numerario Fundador» junto con don Resurrección María de Azkue, don Arturo Campión y don Luis de Eleizalde.

Años más tarde —concretamente el 10 de marzo de 1927— cuando don Julio ingresa, junto con don Resurrección y representando al vascuence, en la Real Academia Española de la Lengua, el académico don Vicente García de Diego, en su discurso de contestación, nos recuerda, junto a la labor aquí abocetada, los doscientos trabajos de don Julio referentes a bibliografía, historia, etnografía y lengua vasca.

Y, naturalmente, entre los doscientos títulos propios, los relativos a nuestro idioma, algunos de ellos importantísimos, como, por ejemplo, *La forma verbal deustat*, *Aglutinación y Desaglutinación*, *El vascuence de San Juan de Luz*, *Observaciones sobre los pasajes en vascuence de Marineo Siculo*, *La lengua vasca y la lengua china*, así como diversos trabajos de tipo etimológico.

Precisamente el prestigio científico que don Julio alcanza en el extranjero a través de sus libros y sus artículos de la RIEV, tan apreciados de los altos cultivadores de la lengua vasca, es lo que hace que la Universidad de Bonn le confiera, el año 1924, el título de «Doctor Honoris Causa».

Son detalles de la biografía de don Julio seguramente conocidos por todos ustedes.

De ahí el que pase por alto condecoraciones y recompensas, actividades públicas y viajes de quien, sobre todo, estimó grandemente los títulos de Hijo Predilecto de Vizcaya e Hijo Adoptivo de Guipúzcoa.

Porque, antes que nada, deseo volver al enunciado de mi disertación —don Julio de Urquijo, Académico Numerario Fundador— para deducir unas pocas —muy pocas— consecuencias que, de todo corazón, desearía actuasen continuamente sobre todos nosotros, a fin de que el mensaje y la labor esforzada de tan relevante personalidad caiga sobre terrenos predispuestos y dé espléndidos frutos.

No creo que haga falta sentirse hechicero de tribu alguna, mago o aruspice, para pensar que don Julio, de haber vivido en nuestros días, hubiese dejado oír su voz en esta sala para pedir a la Diputación Provincial de Vizcaya una atención constante hacia el vascuence, tan necesitado en estos momentos de cátedras y lecciones, de cursos y programas que muy bien pudieran ser auspiciados por el nombre insigne de don Resurrección María de Azkue, el profesor animoso de Julio de Urquijo.

Tampoco estimo necesario perder el tiempo en corolarios retóricos o en elogios fúnebres a don Julio de Urquijo.

Los cantos funerales resultan un contrasentido cuando la trayectoria marcada canta a la vida y una obra palpitante vibra de por medio.

Este es nuestro caso.

El ejemplo de don Julio está demasiado encima y, además, vivirá con nosotros durante muchos años.

Por lo menos, mientras se hable y se estudie nuestro ancestral vascuence.

Porque allá donde exista un vascófilo o un cultivador de nuestra lengua, allá donde respire un académico o un aficionado a la filología, se levantará siempre la figura prócer de don Julio de Urquijo para señalarlos una ruta honrada y científica en la que el método y la seriedad de la investigación —procedan de franceses o ingleses, alemanes o rusos, castellanos, mallorquines o vascos— se impongan siempre a los sistemas ortográficos y formulismos «a priori», a los prejuicios de bandería o de escuela, o, lo que es peor, a torpes rivalidades provincianas que ya, ni en el terreno deportivo, resultan aceptables.

He dicho.

ERKIAGA JAUNAREN HITZALDIA

Bilbon bertan asiriko 50 gn. Urteurren luze samarra aundiro amaitu baiño leen, barriro emen, Bilbon, batu da gaur agirian Euskaltzaindia. Emen dozue, ba, Bizkai-semeok barriro bere, zeuen aurean batzar errikoian.